

Título: **LA DAMA DE MÁRMOL.**

Seudónimo: **“Diamante”**

Era una noche oscura, sólo a ratos alumbrada por una luna caprichosa, que se asomaba y se escondía entre las nubes.

Juancho salió a correr por la orilla del mar de la Playa Carrasco, como solía hacerlo todos los martes cuando volvía de Facultad.

Entonces, se despojaba de su ropa formal, se ponía el equipo deportivo y así se sentía libre para salir a correr, contra el viento que humedecía su cara.

Los músculos de sus piernas se estiraban y flexionaban al apoyarse sobre la arena , a veces blanda y a veces firme bajo sus pies.

Su corazón comenzaba a latir más fuerte y la respiración a hacerse jadeante; cuando sobre el murmullo de las olas le pareció sentir que lo llamaban. Pensó que era cosa de su imaginación, pero nuevamente sintió esta vez sí, con mayor claridad, una voz de mujer que lo llamaba por su nombre:

\_Juannn...choooo...

Se detuvo, miró a su alrededor y no pudo ver a nadie, porque en ese momento la oscuridad era total.

Cambió su carrera por un paso rápido, cuando vio de pronto surgir de las aguas, una mujer desnuda. Era muy blanca, apenas cubierta por una tela fina, como la niebla que la rodeaba. Su cabello estaba recogido en un moño sobre la nuca y avanzaba hacia él con los brazos extendidos, como si fuera una amiga, que lo estaba esperando desde hacía mucho tiempo.

La luna que apareció en ese momento, le permitió ver sus rasgos delicados: la nariz recta, los labios finos entreabiertos y los ojos con una mirada vaga, como perdida.

El cuerpo era menudo, de pechos pequeños, cintura fina y las piernas parecían surgir de la misma espuma del mar.

Ella lo tomó de la mano que él sintió muy fría, como de mármol y lo invitó a caminar a su lado.

El la siguió sin salir de su asombro por esa aparición y como impulsado por una fuerza superior caminó a su lado.

Entonces ella comenzó a contarle su historia: le dijo que su nombre era Amalia y pertenecía a una antigua y renombrada familia argentina.

Durante su infancia y adolescencia acostumbraban venir todos los veranos a pasarlos en una finca de Carrasco.

Cuando cumplió quince años, fue presentada a un caballero ya maduro, dedicado a los negocios internacionales y de considerable fortuna.

El la pidió en matrimonio a sus padres y aunque era muy joven, en esa época ya se la consideraba en edad apropiada para casarse.

Así lo pensaron sus padres que sin consultarla aceptaron al candidato, viendo en él ,un futuro seguro y promisorio para su hija.

Ella obedeció como siempre la voluntad paterna y la boda se realizó con la ceremonia religiosa en la Iglesia de Stella Maris ,donde ella había asistido tantas veces a la misa vespertina.

Luego... la fiesta, grande y suntuosa tuvo lugar en el Hotel Carrasco, con la concurrencia de las familias más ricas y tradicionales de esta tierra y de la otra margen del Río de la Plata.

Todo eso transcurrió como en un sueño o una pesadilla para ella, que se continuó durante el largo viaje a Europa

atravesando aquel inmenso océano y conociendo países y gentes extrañas.

Su iniciación como mujer fue dolorosa e insatisfactoria, no podía creer que aquello fuera lo que había soñado leyendo las poesías y novelas de amor que tanto le gustaban.

Pero en fin, era lo que la vida le ofrecía y lo único que conocía.

Cuando regresaron a Montevideo se alojaron en la mansión que él tenía sobre la rambla, frente a la misma playa en la que ella había jugado en sus arenas cuando era niña.

Muchas veces, su mirada se perdía sobre el mar, hasta el horizonte sólo interrumpido por aquella pequeña isla, recordando esa época tan feliz de su niñez.

Ahora... su vida transcurría entre fiestas, misas, compras de vestidos y sombreros para lucir frente a las nuevas amistades, en las recepciones donde su esposo la presentaba orgulloso, como a la mejor joya de su tesoro.

Un día ,él le dijo que quería poner una escultura de ella en el jardín que rodeaba la casa. Como siempre aceptó sin contradecirlo y así fue como lo conoció a El.

Era alto, delgado, con los ojos celestes y la barba plateada. Sus manos de artista tenían los dedos largos y fuertes y su sonrisa franca mostraba unos dientes blancos y perfectos.

Cuando la miró, ella sintió que aquellos ojos celestes, casi azules, esculpían todo su cuerpo con la mirada.

Comenzaron las sesiones que fueron haciéndose cada vez más frecuentes y prolongadas. La comunicación entre ellos pasó poco a poco, de las miradas, a la caricia y al beso .

Una cálida tarde de verano, cuando el sol ya se mojaba sobre el río, los unió el amor y la pasión en un abrazo total.

Desde entonces, no podían evitar que sus ojos delataran sus sentimientos y eso tampoco pasó desapercibido para su esposo.

Este le dijo que debía hacer un largo viaje a Oriente por sus negocios y de que ella tendría que acompañarlo.

Se hizo una gran fiesta para despedirse de la familia y las amistades y en esa oportunidad se descubrió la escultura del jardín de la mansión.

Cuando se quitó el lienzo que la cubría, los invitados no pudieron reprimir una exclamación :de admiración por parte de los hombres y de escándalo de las señoras.

Es que aquella hermosa escultura la presentaba casi desnuda, cubierta por un velo muy débil, descansando plácidamente sobre un banco de mármol, que parecía su confesor.

De aquel viaje ella nunca regresó y dicen que en verdad, nunca llegó a realizarlo, porque su cuerpo apareció mucho después enterrado en las dunas de la playa, frente a la casa.

Su esposo partió a tierras lejanas y nunca más supieron de su paradero.

Sólo quedó de ella , la hermosa escultura que su amante le realizó como testimonio en piedra de aquel amor prohibido.

Cuando su voz se apagó con el relato, Juancho giró su cabeza para mirarla, pero sólo alcanzó a ver su figura que se desvanecía entre la niebla del mar.

Por un momento, sintió deseos de correr tras ella, pero detuvo su impulso y pensó que todo era producto de su imaginación unido al calor de aquella noche de verano.

Sin embargo, cuando regresaba, no pudo evitar detenerse frente a la estatua de la dama de mármol que descansa sobre un banco, en un cantero de la rambla y estuvo seguro que ella le sonrió mirándolo a sus ojos celestes, casi azules...como el mar.